

UNA OBRA INÉDITA

de don Manuel del Socorro Rodríguez

(Concluye)

DISCURSO V

El aprecio de la divina gracia

Todas las virtudes morales practicadas por los filósofos antiguos y modernos deben mirarse con mucho aprecio respecto de la sociedad civil, pero con suma compasión respecto de la santa congregación que camina hacia el reino celestial. Ellos, por su buena conducta, son acreedores a los aplausos de este mundo, pero no a los premios del otro, porque no en el destierro sino en la patria es donde se da la palma inmarcesible de la victoria. La naturaleza humana, sin la gracia divina, no puede ser feliz de ningún modo en aquel grado eminente a que aspiran los deseos de una alma racional.

Ya sé que estás impuesto en esta infalible verdad, mi amado Peter, y me consta que poseído de este conocimiento has venido de tu patria en busca del sagrado bautismo, para cuya recepción te preparas con el mayor esmero. Mas sin embargo de tu buena disposición, yo quiero informarte mejor sobre esta materia importantísima, porque no sólo deseo que seas un cristiano bien instruido, sino un cristiano de vida irreprochable y ejemplar, que es el fin a que debemos aspirar activamente todos los profesores de la religión católica.

Sábe, pues, mi querido joven, que un adulto como tú, para recibir en el sagrado bautismo la infusión de la divina gracia, con todos los dones y frutos del Espíritu Santo, se debe disponer con el mayor esmero y fervor que le sea posible. Me explicaré con más claridad y sencillez sobre este importante punto.

La disposición que ha de tener el sujeto para recibir el sagrado bautismo, si está en edad adulta como tú,

debe ser ésta: que tenga formal intención de recibirlo, y bastará que ésta sea habitual. Si está en pecado mortal, se requiere por lo menos atrición sobrenatural, y que esté instruido en los misterios de la fe católica. Si el adulto que está en pecado mortal, no llevare por lo menos atrición sobrenatural, aunque quedará bautizado, y recibirá carácter, no recibirá la gracia bautismal, porque para ello no fue bastante su disposición, y esta falta consistió en la ineficacia o renuencia de su propia voluntad; mas habiendo recibido el sagrado bautismo con fervorosa disposición, entra el imperio de la divina gracia, obrando maravillosamente en el espíritu, y causando los saludables efectos que ya has leído en el tratado de los sacramentos. Uno de estos efectos, es la infusión de la gracia santificante y la de los hábitos sobrenaturales de fe, esperanza y caridad.

Pero como el bautismo no quita en el hombre el *fo-mes peccati*, ni la rebelión de las pasiones, es necesario no descuidarnos jamás en el aprecio de la divina gracia, procurando merecer cada día más copiosos sus auxilios para unirnos más íntimamente con Nuestro Señor Jesucristo, que es el camino, la verdad y la vida, como Salvador y Maestro del género humano y el único mediador entre Dios y los hombres. Por EL nos ha venido y nos vendrá siempre la divina gracia, cuyo precioso tesoro nos adquirió con su vida, pasión y muerte, y en virtud de tan preciosos méritos es que la consiguen los cristianos que humildemente la solicitan, cooperando por su parte con todos los esfuerzos posibles. Su mismo nombre está diciendo que se da *de gracia* al que la pide fervoroso, poniéndole en la complaciente amistad del Señor, y sacándolo gratuitamente de la esclavitud del demonio.

¡Ah, si se considerase bien esta horrible esclavitud, entonces se apreciaría dignamente la divina gracia, y no sería mirada con tanta indiferencia! Entonces, despreciando todas las riquezas, honores y deleites de esta vida caduca y miserable, se reduciría todo nuestro estu-

dio y anhelo a la adquisición de la única prenda con que podemos comprar el Reino celestial. Entonces, finalmente, procuraríamos con más empeño triunfar de los crueles enemigos, mundo, demonio y carne, sin dejarnos engañar de sus aéreos fantasmas y seductoras sugerencias.

Efectivamente, así como para adquirir la divina gracia se requiere la práctica y concurso de todas las virtudes cristianas, así también nos vienen por ella todos los dones, auxilios y bienes que manan de la divina fuente del Amor infinito, que cifra siempre sus delicias en comunicarse a los hijos de los hombres. Yo podría detenerme mucho más ponderando todas las grandezas y dulzuras que causa la gracia en el alma que sabe apreciarla dignamente; pero concluiré con este brevísimo compendio, que incluye lo más substancial de la materia.

La gracia es un dón sobrenatural y divino que Dios infunde en el alma, por el cual gozamos el sublime carácter de hijos suyos y herederos del cielo; de suerte que un solo grado de esta gracia, vale más que todos los reinos, honras y riquezas del mundo. Su belleza es tanta, que la del sol y las estrellas es fealdad en su comparación. Así como una joya preciosísima no descubre los fondos de su resplandor, ni el mérito de su primor y hermosura mientras está cubierta con un paño, porque no se ve, así la gracia no nos llena de admiración porque cubierta con el velo de este cuerpo mortal no podemos verla. Hé aquí cuáles son las señales más ciertas de que una alma goza del sublime beneficio de estar en gracia de Dios.

La primera es un fuerte aborrecimiento a todo lo que es pecado, no sólo mortal sino también venial advertido. La segunda, el continuo pedir a Dios le libre de caer en pecado grave ni leve. La tercera es el fiel testimonio de la conciencia, cuando una alma, examinándose a menudo con sumo cuidado y pidiendo a Dios luz para ello, no halla, por la divina misericordia, cosa gra-

ve que le remuerda. La cuarta es el confesar y comulgar a menudo con fervorosa disposición. La quinta es estar continuamente preparado para la muerte con devociones, ayunos, limosnas, penitencias, y asistir frecuentemente a los templos y píos ejercicios. La sexta es un amor singular a hacer bien a cualquiera persona que lo agravia, pero por pura caridad, y no por vana ostentación. La séptima es una absoluta abnegación de sí mismo, y eficaz prontitud en hacer la voluntad de Dios en todas las cosas, sin aspirar a la recompensa y aplausos de este mundo.

Tales son, amado Peter, las siete señales que dan a conocer al alma feliz que posee la divina gracia; o mejor diré, las siete columnas sobre que fundó su soberano alcázar la inefable Sabiduría. Procura, pues, disponerte para poseer este riquísimo tesoro por medio del augusto sacramento del bautismo, y no dudes que el Espíritu Santo obrará en ti muy grandes cosas, si desde aquel venturoso día sabes apreciar dignamente la divina gracia. Darás entonces el espectáculo de más confusión para la obcecada herejía, de más terror para las potestades del infierno, de más alegría para la Iglesia militante, y de más gloria para la triunfante, cuyos dichosos moradores, renovando el cántico de la aleluya eterna, te colmarán de dulces bendiciones.

DISCURSO VI

Conducta del verdadero cristiano

Siendo una verdad constante de la fe infalible, que es infinito el número de los necios, es también innegable que en la comunión católica es mayor el número de los malos cristianos que el de los buenos. Es igualmente inconcusa aquella verdad evangélica de que son muchos los llamados y pocos los escogidos; lo que no admite la más leve duda, según el libertinaje y corrupción que vemos en la mayor parte del género humano, tanto en el uno como en el otro sexo. Aunque esto siempre

ha sucedido así en los siglos y naciones, es preciso confesar que en la edad en que existimos han tomado los vicios y pasiones un curso tan rápido y un ascendiente tan activo, que parece imposible puedan ya ser peores los hijos de Adán, ni que los esfuerzos del procaz filosofismo puedan adquirir más refinamiento en la malicia y seducción. Pero, hablemos un poco más claro.

Aunque los judíos, los idólatras y herejes llevan una conducta libertina y relajada, no es eso tan digno de extrañarse como en los católicos. Estos se llaman fieles cristianos, verdaderos discípulos de Jesucristo, cuya profesión es imitar a tan santo maestro, y cuyos medios para lograrlo son bien fáciles, porque el yugo del evangelio es suave, y muy copiosos los auxilios de la divina gracia. Los infelices sectarios de la herejía y gentilismo, aunque sean muy sabios en todas las ciencias que ilustran el espíritu, carecen de la principal, que es la de la doctrina evangélica, y por eso, caminando por las sombras, faltos de la verdadera luz, es imposible que puedan tener una conducta arreglada y ejemplar.

Su hombría de bién es meramente civil y animada de estos intereses mundanos que no tienen por objeto el fin espiritual del santo temor de Dios, único elemento de la felicidad perfecta. Todas las virtudes de aquéllos no son más que unas bellas flores con que se adorna el hombre exterior en medio de la sociedad política; pero los verdaderos cristianos aspiran a coronarse con los dulces frutos de la fe, de la esperanza y de la caridad, cuyo gusto, belleza y olor, lejos de extinguirse, van cada día adquiriendo más aumento y permanencia.

Por eso, pues, la conducta de un buen católico debe siempre nivelarse por estos sagrados documentos pronunciados por el mismo Verbo Divino, que habiéndose humanado para la salud del mundo, quiso ser nuestro maestro práctico de todas las virtudes. Hé aquí cómo se explica en su evangelio infalible:

“Si alguno quisiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Yo soy la luz del mun-

do, y el que me siguiere, no andará jamás en las tinieblas. El que amare a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de ser mi discípulo. Quien ama demasiado su vida, la perderá, y el que perdiere su vida por causa mía, ese la hallará. No temáis a aquellos que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma, sino temed más bien a aquel que puede perder en el infierno al alma y al cuerpo. Todo aquel que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo también delante de mi Padre, que está en los cielos; mas al que me negare delante de los hombres, le negaré yo también delante de mi Padre. Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce sino el Hijo, y aquel a quien quisiere el Hijo revelarlo. Venid a mí todos los que tenéis trabajos y estáis cargados, que yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es suave, y mi carga ligera.”

Estos saludables documentos, con otros muchísimos de igual sabiduría, se hallan esparcidos en el Sagrado Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, único Maestro y modelo de la conducta del verdadero cristiano. Pero, por desgracia, estos documentos, dictados por la Sabiduría Divina, han sido muy despreciados (y hoy más que en ningún tiempo), por esa orgullosa sabiduría humana que sólo se complace en seguir los proyectos de ambición, las máximas de libertinaje y las leyes de la política mundana.

¿Y qué, los que así proceden tendrán una justa idea de la verdadera doctrina y creerán confiadamente en lograr su salvación eterna? No, por cierto; ellos, por lo respectivo al tiempo, van lo mismo que un reloj desconcertado, y por lo que mira a la eternidad, son como los que, sin saber nadar, se arrojan al golfo, confiados en que la corriente los conducirá al puerto de su patria. Tal es el justo concepto que debemos formarnos de los sectarios de la herejía y gentilismo, y de los católicos

que no siguen con entera exactitud la luz infalible del Evangelio eterno; esta luz clarísima, sin la cual no se puede discernir lo bueno de lo malo, lo cierto de lo dudoso, lo verdadero de lo falso, ni lo precioso de lo vil.

Desengañémonos; aunque el alma no tiene nada de común con la materia, se deja seducir de los sentidos corporales, y se materializa en sus ideas, y se prostituye groseramente bajo el vergonzoso dominio de las pasiones. Por eso es que tiene tantos secuaces el filosofismo seductor; y por eso también, creen muchos insensatos que cada uno puede salvarse en su secta sin el auxilio de la fe católica y de la divina gracia. ¡Ah! quien se hubiere formado una justa idea de los atributos del Sér Supremo y de la doctrina evangélica, es imposible crea jamás que hay salvación sino para los que siguen una conducta cristiana, fiel y arregladísima. Pensar lo contrario, es un sueño de enfermos delirantes.

Concluyamos, pues, con aquellas dos sentencias de Jesucristo: "Si queréis entrar a la vida eterna, guardad los mandamientos. ¿De qué le servirá al hombre poseer todos los bienes de este mundo, si al fin ha de venir a perder su alma?" Tal es la doctrina del Divino Legislador, y tal debe ser la conducta del cristiano que desea disfrutar la paz en esta vida, para subir después a poseer la gloria inmortal en la otra. Procuremos primero el reino de Dios, que las demás cosas nos vendrán por añadidura, dice el mismo evangelio infalible. Pero no nos olvidemos jamás de interponer, para el logro de tan laudable fin, la mediación de la Purísima Virgen Nuestra Señora; la de sus amadísimos Padre y Esposo, con la de los santos apóstoles y Precursor del Cordero Inmaculado que quita los pecados del mundo.

DISCURSO VII

Recapitulación de todo

Habiendo discurrido ya sobre la creación del universo, y expuesto también el justo concepto que nos debemos formar de la verdadera religión, de la variedad de sectas, del estudio de la ley evangélica, del aprecio de la divina gracia y de la conducta del verdadero cristiano, parece no resta más sino esforzar con algunas reflexiones aquellos importantes puntos. En efecto, mi amado Peter, los seis discursos precedentes he procurado que sean cortos y sencillos, para que no te canses y fastidies su lección. Como mi objeto fue que cada uno correspondiese a un día de la semana, quiero que este último sea un descanso reflexivo sobre los demás, para que de algún modo imitemos en esto la conducta del Supremo Creador del universo, quien se complace que lo tomemos por guía en todas nuestras acciones.

Hemos visto ya el orden sapientísimo con que la Divina Providencia dispuso desde el principio todas las cosas, propendiendo siempre su amor infinito a hacer feliz al hombre eternamente, sin negarle sus misericordiosos auxilios para lograr este altísimo fin. No debemos olvidarnos jamás de que Jesucristo, a pesar del crasísimo error de los judíos, es el verdadero Mesías prometido, y el segundo Adán que vino a restablecer en la Iglesia católica el imperio de la gracia de que nos había privado la culpa del Adán primero, nuestro padre común, según la naturaleza humana. Pero es necesario, para lograr este glorioso imperio, practicar exactamente todo lo prevenido en los seis discursos anteriores, sin hacer caso de las engañosas máximas de esa maldita filosofía protectora del libertinaje y de todas las sectas anticatólicas.

Bien sabe Dios, mi amado Peter, cuánto anhela mi corazón que se impriman en el tuyo estas santas verdades, sacadas de los libros infalibles, dictados por la Sa-

biduría Infinita; y el mismo Señor sabe también que tanto deseo tu salvación como la mía. ¡Ah, tu salvación! ¡No se olvide jamás de tu memoria este objeto tan importante! Ocúpa siempre en él tu claro entendimiento, y procura cifrar en él las únicas delicias de tu voluntad, para que en todas las tres potencias de tu alma resuene siempre esta gran sentencia del Padre San Agustín: "El que te hizo a ti sin ti, no te puede salvar sin ti."

Efectivamente, si no concurre tú con tu cooperación eficaz, la divina gracia no podrá obrar en ti sus saludables y maravillosos efectos. Y para fijar mejor en tu espíritu estas verdades, voy a explicarte el significado de la lámina alegórica que te regalo con este opúsculo.

El hombre que está en ella vestido de peregrino, como en acción de caminar, significa el *viador cristiano*, que desea, por el camino evangélico, arribar a la Patria celestial, que es el único objeto de su destino. Al encuentro han salido a seducirlo los tres enemigos del alma, representado el primero en la vanidosa Babilonia brindando la taza de sus delicias; el segundo, en un espíritu infernal vestido en traje cortesano; y el tercero, que está en medio, en un ciego cupidillo que le dispara su flecha.

Así pretenden el mundo, el demonio y la carne conducir al peregrino por un espacioso campo adornado de alamedas y de flores, donde hay toda clase de diversiones y delcites, el que va a terminar a una horrible boca de infierno respirando llamas de fuego. Todo esto lo abandona y deja atrás el peregrino, y emprende a la mano derecha, un camino estrecho, entre ásperos peñascos, el cual está lleno de espinas, de cruces, de cilicios, disciplinas y otros signos de mortificación. A la parte derecha de este camino, está un pobre pordiosero pidiendo limosna, sentado junto a un templo cristiano, en cuya puerta se ve grabada una imagen de la Sacratísima Virgen Dolorosa, y al fin, por una puerta muy estrecha, se entra por el mismo camino, a donde brillan, entre resplandores, el triángulo y ojo, que simbolizan la divinidad del Dios trino y uno. En la parte superior de

la lámina aparece entre nubes un rompimiento de gloria donde están dos ángeles, sosteniendo una corona imperial, teniendo el de la derecha una palma, y el de la izquierda un peso igual en sus balanzas, dando a entender que la palma y corona de justicia se dan al que permanece fiel hasta el fin.

Tales son las imágenes alegóricas cuyo significado todo es relativo al triunfo del viador cristiano, que despreciando las seductoras seducciones contrarias a la salvación eterna, sigue con valerosa intrepidez el camino de la ley evangélica, seguro de que la gracia lo ha de conducir a la gloria. Y tales son también, ¡oh mi amado Peter!, las santas máximas que yo quisiera grabar indeleblemente en tu generoso corazón. ¡Oh, qué máximas tan sabias y tan felices! No permita Dios que las olvides jamás, sino que, por el contrario, procurando conservar la gracia recibida en el sagrado bautismo, seas siempre un viador cristiano, fiel discípulo de Jesucristo, digno de padecer por su amor en esta vida, para merecer después en la otra su eterna compañía.

APENDICE

Entre las láminas sagradas alegóricas de mi curioso museo he hallado esa otra que también te regala mi buena voluntad, para que ambas te sirvan de instructivo recreo, y por lo mismo, quiero igualmente explicarte su sabio contenido.

En toda la lámina se representa la arquitectura interior de un templo católico, y en medio el trono pontificio, que decimos cátedra de la verdad o santa Sede apostólica. Sobre esta silla, de la verdadera sabiduría, está sentado majestuosamente el Sumo Pontífice, primer doctor de la doctrina evangélica, vicario de Jesucristo, supremo pastor de la grey cristiana, maestro infalible de la ley, y único padre universal de todos los fieles. Está en acción de decidir sobre los dogmas y puntos tocantes a la fe católica, y para significarse su infalibilidad en estas importantes materias, está sobre él la Santísima Trinidad, dando a conocer que jamás le faltará su asis-



tencia. Por eso el Hijo le dice que rogará por él al Padre celestial, y éste le asegura que no le faltará la fe; de ambas personas (comprendidas en el círculo de la eternidad), sale la clara luz y divino influjo que le comunica el Espíritu Santo.

Lleno el Padre común de los fieles de esta sabiduría celestial, la comunica a la religión católica, personalizada en la venerable matrona que está arrodillada a su derecha, presentándole la inextinguible llama de su fervoroso celo. Del pecho pontificio a el de la religión, sale un rayo de luz apacible, y sobre la herejía un rayo tronituo de fuego destructor. Esta se ve figurada en una mujer horrible, con los pechos caídos como de madre anciana, toda crinada y cubierta de sierpes venenosas, y derribada sobre su libro por la fuerza del rayo de la verdad que la ha arrojado en tierra, parece que brama y que grita con furor.

Los príncipes de los apóstoles San Pedro y San Pablo muestran su constante protección al beatísimo Vicario de Jesucristo, y debajo de ellos, se deja ver, en lo más interior del templo, figurada la sagrada asamblea de los padres del Concilio Tridentino, en donde se decidió, con divina sabiduría, todo lo más importante y necesario de la fe católica.

Este es, sumariamente, el genuino significado de la lámina alegórica. Y yo te digo, mi amado Peter, que tanto la del viador cristiano como ésta, te persuaden con sencillez y claridad (cada una en su respectivo concepto), lo mismo que se ha tratado en los discursos anteriores. Procura, pues, reunir siempre en tu memoria mis conceptos de viva voz, mis documentos escritos y la inteligencia de las dos láminas que acabo de explicarte, las que deseo tengas siempre a la vista, no para que te acuerdes de mí, sino de aquel santísimo MANUEL DEL SOCORRO, que más que yo se interesa en tu salvación.

Por sus entrañas santísimas te suplico que procurés en todas partes, en todos tiempos y ocasiones dar un ilustre testimonio de la divina fe que profesas, acreditando de todos modos que eres hijo fiel de una madre

tan noble y tan santa como la Iglesia católica, de cuya gloria debes blasonar, aunque te halles en medio de sus mayores enemigos. Si así lo hicieras, te harás digno de las misericordiosas bendiciones del Padre Celestial, que ha ofrecido en su infalible Testamento amar siempre a los que le amaren, y coronar de honor eterno a los que le honraren su augusto y soberano nombre.

Conducta del filósofo cristiano

¡ Feliz aquel que vive abandonado
Al querer de la eterna omnipotencia,
Y que cifra en su sabia providencia
Su vida, su salud, bienes y estado!
Que tranquilo, que quieto y sosegado
¡ Ve esta rueda girar ! pues su conciencia.
Situada entre la paz y la inocencia,
Jamás lo turba ni le da cuidado.
Mientras que otros con vana fantasía,
Ambicionando honores y placeres,
La tierra corren llenos de agonía ;
El, muy sereno, sin desear haberes,
Mirando al cielo, dice cada día :
Sólo quiero, mi Dios, lo que tú quieres.

LAUS DEO

EN EL MES DE MARÍA

Ya el sol de mayo los campos dora,
En los altares fulge María,
Y el alma casta, devota y pía,
Le lleva flores, se postra y ora.
Ante ella lucen lirios y rosas,
Y en torno suyo los corazones
Cantan gozosos dulces canciones,
Evocadoras de horas hermosas.
En loor suyo las aves trinan
Tanto a la aurora como a la tarde;